

Cuentos del paraíso de las islas

08

06 Los hijos del agobio

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 05/03/2023

Número de páginas: 17

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

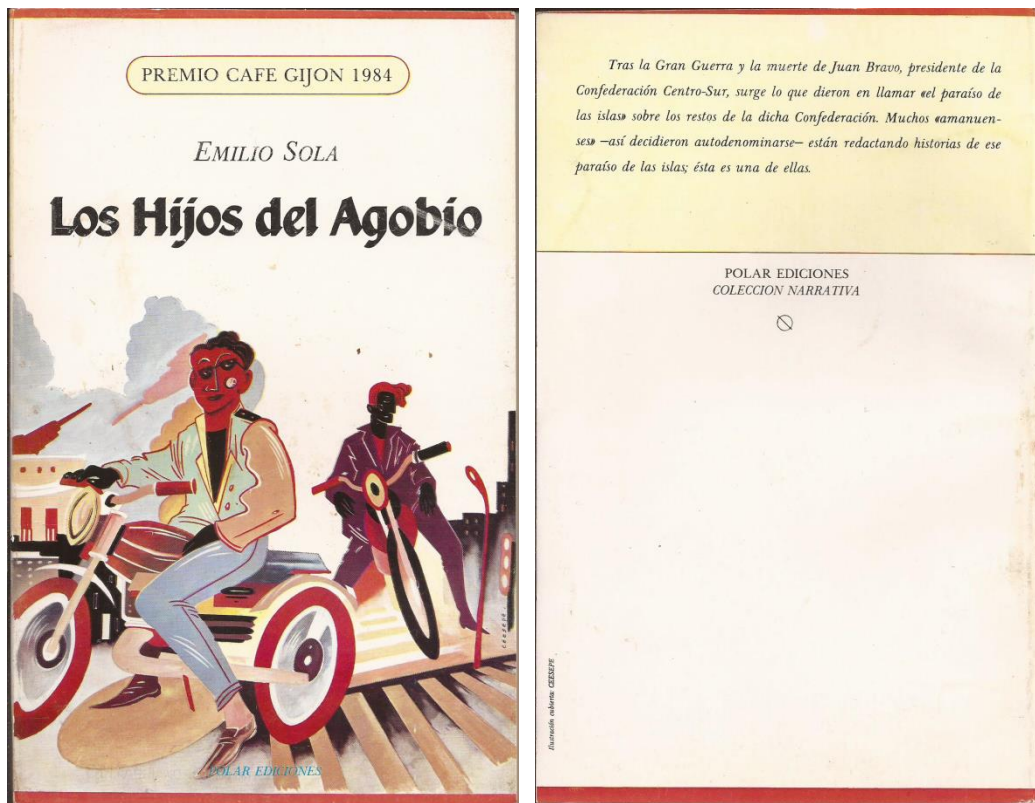
Cuentos del paraíso de las islas

08

06 Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



CAPITULO VI

El amanuense piensa que se ha pasado un pelín. Arrastrado por la cotidianidad del grupo y de cada uno de sus componentes está perdiendo el norte, perdón, el sur, de lo que había quedado que sería su trabajo con el colectivo de amanuenses. Peligro de desborde, debe resumir.

Prácticamente toda la semana les duró la marcha, el gimnasio cita diaria liberadora para todos. Los niños, el Tetas y el Chapa, al final de la semana, eran expertos en lucha jabonosa en la sauna o jamam, prácticamente invencibles ya en grupo si no era por el cuarteto Adelhalim, cuatro masajistas del Magreb central, uno de ellos con un golpe de frente contundente que ponía fuera de combate al contrario en el momento más inesperado; de este chaval, que se llamaba Abdelhakim y que tenía la frente como abovedada y llena de cicatrices, se harían muy amigos los niños y sus otros dos colegas y, al final de la semana, ya Abdelhakim –apacible y bondadoso fuera de la bronca– les daba lecciones especiales y particulares para ellos de técnicas de golpe de frente en la cabeza del contrario. Habrían de ser dos semanas que siempre habían de recordar como de absoluta felicidad.

Mediada la semana a Mata Maxa le había llegado un telegrama de la casa del naranjal que la había inquietado en principio. Decía: «Gorilas muntañolinos bordes. Quieren pruebas accidente desafortunado. Haz como gustes. Boron-

dón». Dos días se los pasó la chica enfrascada en sus pensamientos, durante el día en las caballerizas y cuadras de la vaquería –salvo un día en la obra grande, la Mata repitió papeleta con una constancia ejemplar–, la cercanía muda de Pepe el de la Colza –había intentado hablarle pero la mudez de la chica se impuso y el jerezano respetó y se acopló a aquel silencio– bienhechora. Al tercer día se lo contó todo a su compañero de curre; el jerezano, tras meditar unos segundos, dijo «es una chorrada, eso»; la llevó al almacén y le mostro en un armario más de una docena de fustas de todos los tamaños y calidades.

–Elige la que más te guste y mándale al Antiguo la tuya.

La Mata Maxa le dio un abrazo –algo estaba pasando, aquel chavalote bizco y medio tartaja le despertaba raras reacciones– y así lo hizo. Por un mensajero que salía hacia el norte envió la fusta, arma del «crimen», a don Borondón y una nota que decía: «Si no utilizo la fusta me arrolla con la moto el hijo puta. Se lo juro. Me abro lejos. Mata Maxa». Y todo el día siguiente se lo pasó la chica intentando convencer a Pepe el de la Colza de que se fuera con ella hacia el sur.

–No puedo –y se le veía emocionado, su bizqueo al mirarla a la cara tiernísimo–. Es la primera vez en mi vida que tengo tierra y caballos a los que poder mirar como cosa propia.

A la titi le entró un pronto borde, se desabrochó el mono de trabajo hasta la cintura, le paseó las tetas por delante al chico jerezano y empezó a meterle mano con procaicidad hasta ponerlo cachondo.

–¡Jipi! ¡Nene! –le decía.

El de la Colza se dejó hacer. Tartamudeaba en la disculpa.

–Necesito estar aquí –le musitaba el chico al oído–. Pero un día... no importe donde estés... –pero la otra a bocados no le dejó continuar.

Terminaron en la pequeña pajera de junto al almacén. Al salir, Pepe el de la Colza tenía dos moratones en el cuello,

como de chupetón de vampiro, y la borde Mata se reía, el pelo, corto y alheñado, en puntas salvajes y desiguales.

—Mamoncete —le dijo cariñosa, y acarició la mejilla del jezevano a modo de despedida.

Por la noche Pepe el de la Colza se acercó a caballo al bar de la carretera y allí participó en la reunión de Mata Maxa con su basca de confianza para preparar viaje. Goliat, en el saludo, casi lo dobla al palmearle con su mano-maza contundente. La Kakadín lo miró de arriba abajo descarada.

—Tiene un ojo todo para allá, este tío —fue su comentario, tal vez único por la mirada asesina que le lanzó la Mata y que la Kaka estaba acostumbrada a comprender.

Los demás pasaron descarado del de la Colza. Faltaban los niñatos, el Tetas y el Chapa con los que, seguro que en el gimnasio ya, no contaba la Mata para preparar viaje. Se alegraba, incluso, de que no estuvieran allí.

En general, se mostraban remisos a emprender viaje de inmediato. El Biela y la Manivela nada decían, se limitaban a escuchar callados. El Diestro era claro.

—Yo me abro contigo, titi, pero unos días más aquí... ichachi, ¿no? —y extendía los brazos con las manazas abiertas en un intento de ser convincente.

—Tú haz lo que te salga de la polla, capullo; yo me abro ya mismo —rezongaba una Mata Maxa malhumorada.

Tutankamon estaba casi decidido, y el casi que le faltaba procedía únicamente de cierto mal regusto de dejar allí apalancado al tocado del ala Roqui, con quien había compartido moto, a medias con Colocado. Mata Maxa le azuzaba.

—¡Tú y los niñatos! ¡Ni que fueras maricón y te los estuvieras tirando! —y la borde sabía tocarle el corazón—. Si quieres abrirte conmigo, olvídate de los niñatos; o ellos o yo, ¿claro?

Y el Tuta lo veía claro.

—¡Raca! Además, el Roqui está tocado del ala; piensa qué hubiera hecho Colocado; tú no tienes ninguna obligación en esa vaina —la oratoria de la titi era rotunda—. ¿O sí?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

Fue el primero en decidirse. Sabía que al Roqui le quedaban dos semanas más como mínimo de inmovilidad, y era demasiado. Su verdadero colega, en realidad, había sido Colocado y los niños se les habían unido porque significaban pasta de refresco y refuerzo en las broncas, había sido una unión estratégica provisional. Un tantito de cariño había nacido de aquellas semanas juntos, pero no podía ir de sentimental por la vida. Se decidió al fin.

—Me abro contigo, tía.

Más complicado era el caso del Bocanegra y la Macorina. Bocanegra llevaba unos días enrollado con un grupo de música en el estudio, cosa eléctrica y de sonido, de lo que entendía algo, y sus relaciones como pareja se veía a simple vista que no iban bien. Varias veces en el transcurso de la reunión —estaban en el estradillo en donde hasta el día anterior Antonio el Marinero había narrado historias antiguas del mar— el chavalito flacucho de pechera atiborrada de chapas de cantantes y marcas de moto y coche se había acercado a una Macorina algo distraída y había tonteado con ella —palabras al oído y risitas— ante la indiferencia de Bocanegra. La Mata llegó a cabrearse.

—Maco: dile a ese gilipollas que no interrumpa con meces. Y a ti, si no te interesa esto, lárgate.

—Sí que me interesa, Mata —y se le notaba sincera; la Mata prestó atención—. Si el Tuta o tú me lleváis de paquete, me abro con vosotros.

Todos miraron a un Bocanegra impasible, como distraído, sin manifestar la reacción que el grupo parecía esperar de él. Pepe el de la Colza no entendía el por qué de aquel silencio repentino.

—Y tú qué dices, Bocanegra —intervino la Mata.

—Yo no me abro por ahora. Aquí estoy chachi —y miró de reojo a la Maco.

—¡Chulo de mierda! —saltó la chica—. Métete la moto donde te quepa, que no os necesito ni a ti ni a ella —casi se le saltaban las lágrimas con la excitación, y el chavalito de las chapas se había quedado boquiabierto, pasmado en pie de

trás de ella—. Mata: me queda pasta, más los bonos, y si os marcáis el viaje hacia la casa-jaima de la que hablábais me gustaría abrirme con vosotros.

—Por mí, va, titi —contestó rápida Mata Maxa—. Y tú qué dices, Tuta.

El Tuta se encogió de hombros, miró a la Maco, las lágrimas a punto de rebosar, y se sonrió cazurrón.

—Un chorbo con dos titis para tierra de moros, ¡buena expedición!

Rieron distendidos. Kakadín y Yoniyón estaban sentados juntos en uno de los ventanales, desconocidos por lo silenciosos, muy atentos a lo que allí se trataba. Se diría que la chica con las charlas del marinero Antonio había aprendido a escuchar. Goliat se puso en pie.

—De un chorbo con dos titis, nada, Tuta. Dos y dos, con tres buenas motos —y le hizo un guiño a la Mata, que ésta agradeció sonriente.

El negro Taiwo pasaba hacia el gimnasio con la Silvi colgada del brazo y Bocanegra se despidió, «hasta luego, colegas», y se fue con ellos. El Biela y la Manivela, tras consultarse algo entre sí, dijeron que ellos también se abrirían de allí al día siguiente, que la casa-jaima de la que se había hablado era un lugar chachi, según tenían entendido en el taller, y que el viaje era mejor hacerlo con basca legal que en solitario.

Yoniyón quiso convencer a Kakadín de algo, pero ésta se cabreó.

—¡No, joder, que no! —gritó en un momento saltando de la ventana y quedando en pie en medio del grupo; prestaron atención—. ¡Abrete tú con ellos si te mola y déjame en paz! ¡Yo me abro en barco! ¡Quiero ser galerota, comprendes!

—¡Te han comido el coco y no te enteras, tía! —se puso borde también el Yoniyón.

—¡Y a ti qué te importa! ¡Soy una titi libre! —estaba muy excitada y parecía preparar salto sobre un Yoniyón que, frente a ella en pie, se mostraba igual de fiero—. Además, ¿no fui yo la que os habló de la casamaja esa, o como se lla-

me? ¿No habíamos quedado en encontrarnos allí? ¿No te presté la mitad de la moto para eso, eh? ¡Qué cojones más quieres!

Todos estaban pendientes de ellos, Pepe el jerezano sin entender nada, pero fascinado. Yoniyón se dirigió a la Mata y al Diestro.

—¡Está loca la Kaka! ¡Quiere meterse en el barco del tipo ese y no sabe nadar! —y un tantito compungido—. Dile tú algo, Mata, dile que se venga en moto.

La Mata hizo un movimiento con la mano como para espantarse moscas de la cara.

—¡Sois la hostia de pesados vosotros y vuestros rollos! —dijo, y se puso en pie—. Si quiere navegar, allá ella, que navegue; es mayorcita y tiene mundo. Tú vente con nosotros si quieres y ya te la encontrarás allá cuando llegue.

Yoniyón parecía desolado. La Kaka, sin embargo, había recuperado todo su aplomo, los cuatro quiquis intactos aún a aquellas alturas, casi medianoche.

—No te mosquees, Yoniyón —tierna la titi, casi le acariciaba—. Total, dos o tres semanas y nos vemos en la casamaja esa y otra vez chachi, ¿o. k.?

No se le veía muy convencido, más bien todo lo contrario, pero calmo. Le puso una mano en la caderita redonda y verde, mimoso.

—Eres una cabrona, Kaka. ¿Por qué me tratas así? —le dijo casi al oído.

Mientras, el grupo se disolvía entre cuchicheos y risitas, la Maco del brazo del Tuta, la mayoría hacia el gimnasio, su última noche allí.

Kakadín dijo que tenía sed y se fue a la barra a por un cubata; Yoniyón la siguió.

—¿Vamos luego al gimnasio, Kaka?

—Vete tú con ellos; yo no tengo ganas.

Yoniyón estaba mosca. Llevaba días mosca con la Kaka, no era la misma de siempre, y esto le hacía sufrir. La siguió en silencio y pidieron dos cubatas. La chica que se llamaba Lucy estaba en aquel turno de barra; quiso entablar conversación, pero no le hicieron ni puto caso y se enrolló con otros por allí. Había mucho turista, no era aquélla una hora agradable del bar, la basca chachi estaba en el gimnasio. La Kaka se acodó, de espaldas a ella, a la barra; había vuelto a ponerse la camiseta de malla, el pantalón verde y unos botines de charol rojo con un corazón de lentejuelas doradas en las punteras; Yoniyón a su lado, de lado, la miró en silencio. Estaba muy guapa.

—Kakita, ¿ya no me quieres nada?

La otra le miró unos segundos, apuró medio cubata y se le puso de espaldas, un codo aún en la barra, la postura chula. Le habló por encima del hombro.

—Eres un niñoato y yo una titi libre, chico.

—¿Ya no me quieres por eso?

La Kaka giró noventa grados y se acodó de nuevo, esta vez de tetas a la barra.

—¡Y dale con el chuzo! Te estás haciendo un cursi. Niñoato y cursi, ¡hay de joderse!

Por lo menos, no se había encabronado; era algo. El chico volvió a la carga.

—Si te vienes en moto con la basca te dejo la moto todo el tiempo que quieras... Si quieres todo el viaje, pues todo el viaje...

La Kaka giró otros noventa grados y se quedó, apoyado el codo izquierdo en la barra, frente a frente a Yoniyón. Este apuró el cubata y se miraron a los ojos.

—Yoniyón: eres el único tío con el que follo bien. Me meas como dios, pero eso de «me quieres», «no me quieres» y hostias por el estilo es un rollo malo, ¿comprendes? —la Kaka hablaba en serio, estaba desconocida, y el Yoniyón casi temblaba—. Si quieres que seamos colegas legales como siempre, no me líes con esas chuminadas.

Yoniyón bajó los ojos al suelo, mudo. Kakadín volvió a su

postura primitiva, codos a la barra, de espaldas a ella. Terminó el vaso. Yoniyón no sabía si pedir otro cubata o no, desconcertado.

—¿Nos vamos? —preguntó con un hilillo de voz.

—Vale —y la voz de la titi era de admirable seguridad.

Salieron por la puerta trasera al descampado del gimnasio. La brisa refrescante les hizo bien; Yoniyón se sintió aliviado de su malenrolle mental. La luna, redonda y blanca, hermosísima, llena, trazaba un bruñido camino de plata en el, telón de fondo, adivinado mar. A medio camino hacia el gimnasio Kakadín se detuvo y esperó a su colega.

—Yo no voy al gimnasio —le dijo—. Me voy al chiringuito de Eulogio.

Yoniyón la miraba entristecido, ojos de besugo, tierno.

—¿Me dejas ir contigo? —preguntó, aún el hilillo de voz.

—Bueno —y echó a andar; se detuvo de nuevo y se encaró con el chico—. Pero no te pongas neura, ¿eh?

El chiringuito estaba apartado unos doscientos metros del gimnasio y bar de la carretera, algo más de la obra grande. El calzón y la camiseta amarilla de Yoniyón, recién lavados y aún sin mácula, cobraban a la luz lunar irreal tonalidad lechosa, como fantasma delgadito en pantalones su figura tras la de una decidida y cimbreña Kakadín. Cuando atravesaba la carreterita que serpeaba a lo largo de la línea de la costa, ceñida a ella como sombra o curva de nivel, la música comenzó a enseñorearse, reina, del aire. Yoniyón se detuvo en seco.

—Kaka.

—Qué.

—Espera un momento; tengo muchas ganas de cagar.

—¡Ay, chico! —y no le esperó—. Ahí dentro hay un retrete; ¿con qué te ibas a limpiar el culo aquí?

Y el pobre de Yoniyón entró tras Kakadín en el chiringuito, malcontentando aquel pujo inoportuno con caminar un poco patizambo, y se dirigió directamente al W. C. de caballeros.

Kakadín atravesó el salón interior del chiringuito sin de-

tenerse, contoneando su culito verde, directa hacia la puerta de la terraza sobre la playa. Había alguna gente dentro, dos chiquillas casi idénticas en la barra, frente a una ventana abierta sobre la terraza y la playa una mujer muy guapa en una silla de ruedas miraba al exterior, inmóvil como estatua sedente antigua; a la Kaka, que la vio de perfil de refilón, le pareció una dama. «Debe ser una dama de este lugar», pensó mientras salía a la terraza.

Satisfechas sus perentorias necesidades, Yoniyón buscó a su compañera; no la vio y se fue a la barra. Debía estar en el W. C. de señoritas, pensó. Una de las dos muchachitas se le acercó y pidió un cubata. Se alarmó repentinamente.

—Espera, titi. No tengo pasta, tengo bonos. ¿Valen aquí los bonos?

—¡Claro! El dinero es para los turistas sólo —contestó la chica amable.

La gente que había allí no tenía pinta ni de turistas ni de agobiados. Era gente especial. Y la música, muy buena; mejor aún que la del gimnasio, si cabía, menos marchosa, tal vez un tantito antigua. La chica le trajo el cubata.

—¿Eres nuevo? No te había visto antes —le preguntó.

—Llevo una semana en la acampada, pero no había venido por aquí.

—Yo me llamo Verónica, y aquella es mi medio hermana Josefina —se presentó la chiquilla.

—Yo me llamo Yoniyón.

—Es un nombre muy bonito.

Se acercó la chica que se llamaba Josefina.

—¿Eres de los chicos de las motos? —preguntó, acodada a la barra al lado de su hermana.

—Sí, tengo una moto amarilla, T.T.K. 750 —dijo orgulloso Yoniyón mientras bebía un sorbo largo de cubata.

Las dos le miraban extasiadas y el chico comenzó a sentirse agusto allí. Las dos niñas, no tendrían más allá de trece años, eran parecidísimas y transmitían buena vibración.

—Los chicos de las motos venís poco por aquí. Siempre os quedáis en el gimnasio; os gusta más aquel barullo que esto,

¿verdad Verónica? —comentó Josefina.

—Sí; incluso por el día preferís el gimnasio a la playa, fuera de las horas de trabajo —continuó la otra, y Yoniyón se sentía muy aplomado ya, centro de atención de aquellas dos encantadoras niñas.

—Naturaka, titis. Hay mucha marcha en el gimnasio y a los agobiados nos va la bronca dura —apuró medio cubata—. ¿No os va a vosotras la marcha del gimnasio?

—A veces nos escapamos un ratito por allí —habló una de ellas, ¿Verónica?, ¿Josefina?—, pero nos cansamos pronto dentro. Hay muchos empujones.

—Y nadie quiere bailar con nosotras porque les parecemos pequeñas —apuntó la otra—. Pero nos gustan las motos, ¿sabes? Nos gustaría que nos invitaran los chicos de las motos a dar una vuelta.

—¡Hecho, titi! —y Yoniyón se sentía educado y elegante—. Mañana a la hora que queráis nos damos un garbeito por ahí.

Saltaron las dos chicas palmeando, contentas.

—¡Qué bien, Yoniyón! Mañana no hay cole y tenemos toda la mañana libre.

—Ven a buscarnos; vamos a estar en la playa desde temprano.

—Eres muy bueno, Yoniyón —y le miraban las dos con cara de felicidad.

Yoniyón se dio cuenta de repente de que Kakadín no había aparecido. Se extrañó.

—¿No habéis visto a una titi muy elegante con cuatro quisquis? —preguntó a las niñas Verónica y Josefina.

—¿Una con unos zapatos de charol muy bonitos con lentejuelas doradas?

—Sí, ésa.

—Se fue a la terraza directamente. ¿Es amiga tuya?

—Sí, colegueta —y Yoniyón se daba aires de importancia; bebió un trago—. Viajamos juntos en la misma moto.

—¿Es novia tuya?

—Bueno... Buena colega —y sintió que no tenía ganas de

dejar la conversación con aquellas dos chicas.

—Debe de estar en la mesa del rincón del emparrado —explicó una de las chicas.

—La otra tarde estuvo aquí de charla con Antonio el Marinero y la gente del galeón —añadió la otra.

A Yoniyón le vinieron prisas repentinas y terminó el cubata.

—¿Quieres otro? —preguntó Verónica... ¿o Josefina?

—No, titi. Tengo que irme con mi amiga. Tenemos cosas que hablar —y dejó la barra.

—Te esperamos mañana, chico —le dijo una, las dos sonrientes.

—O. k.

Yoniyón salió a la terraza, buscó a la Kaka con la mirada y la encontró en el tal rincón que las dos niñas dijeran, en torno a una mesita bajo un farol varias personas. Kakadín le vio aparecer y le hizo seña de que se acercara. De nuevo se sentía un poco cortado.

—Este es el Yoniyón —presentó en general.

Todos le miraron y hubo una pausa general mientras tomaba asiento al lado de la Kaka. El que estaba hablando antes de la llegada de Yoniyón retomó la palabra y concluyó con la historia que estaba contando.

—El día que la policía mató a Kadur el negro todo el mundo lo sintió porque a Kadur todo el mundo lo quería bien. Era muy bruto el tío, pero buena persona y muy calmo cuando no había tomado pastillas. El día que lo mataron estaba jugando a dinero con otros tres colegas; dicen que estaban tranquilos, todo se iba desarrollando con normalidad, unos ganaban y otros perdían y no hacían trampas; al parecer, Kadur había bebido y tomado pastillas aquel día. Al entrar los dos policías en el garito al Kadur le entró un pronto violento, se abalanzó con un cuchillo sobre uno de ellos y le abrió el vientre; el otro compañero del policía herido sacó la pistola y, pim-pam-pum, le metió tres balas en el cuerpo al pobre Kadur y, tras tres días de coma, murió en el hospital.

Hubo un silencio. Eulogio, que se había sentado con el

grupo para escuchar la historia que había narrado aquel hombre de amplia abaya blanca al que llamaban indistintamente Abdallah o Benamar, Abdallah Benamar por lo tanto, se levantó y entró en el bar para rellenarles las copas, casi todas de vino y algunas de agua con jarabes de granadina o menta sobre todo.

—A nosotros dos cubatas, jefe —indicó la Kaka a Eulogio, el cual le respondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza, cortés.

Antonio el Marinero, único a quien conocía Yoniyón allí, y no demasiado, le presentó a los demás. Abdallah Benamar, de la casa-jaima de Zeralda, que estaba de paso para allá y se embarcaría en el galeón; Georg Zahra, de Conspicua, maltés, hombre joven con un pendiente en la oreja, también del galeón, camino de su tierra; Pino Corso, palermitano, patrón del barco cuando Antonio tenía que permanecer en tierra, alto y delgado pero fuerte, piel brillante y atezada de marino; Erenestina Otromundo, ceramista argentina afincada en Sicilia, de viaje para visitar la casa del naranjal, el chiringuito de Eulogio y la casa-jaima de Zeralda con vistas a coordinarlas con un gran palacio-albergo que tenía ella y su grupo en Palermo; no embarcaría con ellos: iba en sentido contrario, camino de la casa de don Borondón... Y dos o tres más.

—Gente importante —le dijo la Kaka a su compañero, y Antonio sonrió.

—Todos sois importantes, muchacha —respondió Antonio—. Cada persona con la que te cruzas debes saber que es una biografía apasionante.

—Yo no entiendo de biografías de esas que dices, viejo, pero sí sé que hay mucho hijoputa suelto y mucha gente, como nosotros, que pasan cantidad de mala vida —y la Kaka mostraba gran seguridad oratoria—. Tenía yo un amigo que se llamaba Pirulo que lo que le gustaba era estar en la cárcel, pero no le salían bien los delitos y siempre le echaban poca pena, ¿verdad Yoniyón? —Yoniyón afirmó con la cabeza, serio—. Era buen colega nuestro y, cuando nos abrimos, acababan de ligarlo y de entrar en chirona y le escribimos

una carta diciéndole que nos abríamos hacia por aquí.

Había un chico que le decían Tal, muy ocurrente, que caminaba como un autómatas o juguete de cuerda, echando el culo atrás y las piernas tensas como movidas por resorte, balanceando los brazos a compás desacompasado y gracioso, que respondió a las palabras de Kakadín admirablemente.

—Es que o nos organizamos bien, colega, o nos mueren o morimos...

—¡Joder, claro! ¡Eso ya lo sé yo! Pero, ¿cómo? —y Kakadín se calentaba—. ¡Como no sea a hostias...!

—¡Qué dura es esta chica! —intervino la Otromundo con un acento dulce americano—. Tengo yo otro amigo que dice que hay tres principios básicos y fundamentales a seguir: trabajar por el grupo y divertirme con él; trabajar con el grupo y divertirlo; trabajar para el grupo y divertirnos todos... Qué sé yo.

—Vale, titi —intervino Kakadín—, hay que organizar a la basca para que no se aburra, pero ¡cómo, joder, cómo!!

Las palabras de Kakadín quedaron en el aire suspendidas unos segundos... Eulogio hacía tiempo que había rellenado las copas y se había instalado de nuevo en la mesita del rincón del emparrado. Su mujer Josefina llegaba ahora en la silla de ruedas, hermosa y distante, «es una dama o una señora», pensó la Kaka, se le desdibujó un tanto en la cabeza aquella obsesión del «pero cómo» y se quedó más tranquila, Yoniyón silencioso y perplejo a su lado.

—En ello estamos, muchacha —había dicho Antonio, y la Kaka, ya perdido el hilo, no supo lo que quería decirle.

Llegó más gente luego, charlaron de otras cosas y los del galeón, con Antonio a la cabeza, se retiraron hacia las dos, querían terminar de despalar al día siguiente para partir cuanto antes y recalar con buen tiempo en Argel. A la Kaka aquello de despalar le sonó a borde y Antonio le dijo que podía decirse también carenar, que no era más que reparar el casco del galeón. La chica estaba decidida a embarcarse con ellos y Antonio se alegró. Yoniyón, que no había hablado en toda la noche, se manifestó al fin. Dijo que le gustaría

acompañarles pero que no sabía nadar ni qué hacer con la moto. Antonio le contestó que no había problema ni por lo de nadar ni por la moto: podían meterla en el barco bien protegida contra el salitre en sacos de plástico impermeables. Se despidieron hasta el día siguiente y Yoniyón y Kaka-dín quedaron en pedir papela para ayudarles en el puerto.

Eulogio les sirvió dos últimos cubatas más en la barra. Las dos niñas Verónica y Josefina hacía tiempo que se habían ido a dormir.

—Si queréis dormir en la playa ahí tenéis mantas, muchachos —les dijo el amable Eulogio.

Les hizo gracia la idea. Antes de dormir pasearon a la luz de la luna, pelearon un rato y hasta se dejaron lamer los pies desnudos —sólo hasta el tobillo— por juguetonas cabri-llas.

Sigue en 08-07-Los hijos del agobio